

LA OFENSA, DE RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN

VIRGINIA MÉNDEZ ABELLÁN
Universidad de Murcia

En enero de 2006 Jesús Badenes, director general de librerías del grupo Planeta, anunció un desolador pronóstico: «el libro tiende a ser visto cada vez más como entretenimiento y no como bien cultural». Como contrapunto a esta afirmación, un año después Ricardo Menéndez Salmón publica una novela titulada *La ofensa*¹.

La ofensa no nace de ese costumbrismo sentimental y rampión que campa a sus anchas por la novela española actual. No, nada de eso. La escritura de Menéndez Salmón surge de donde ha surgido siempre la mejor literatura: de la necesidad de responder a las grandes preguntas que el ser humano se plantea acerca de la vida y del mundo en el que habitamos.

En el capítulo que cierra la primera parte de las tres que componen la novela, el narrador se hace una serie de preguntas trascendentales a la vez que decisivas para Kurt, el protagonista de *La ofensa*. Preguntas que uno no puede dejar de ver como vitales para el nacimiento de la novela: «¿Cómo reacciona el cuerpo humano ante la presencia del horror? (...) ¿Pero puede un cuerpo dimitir de la realidad? (...) ¿Puede un cuerpo, ante la agresión del mundo, ante la fealdad del mundo, ante el horror del mundo, sustraerse a sus funciones, negarse a seguir siendo cuerpo? (...) ¿Puede un cuerpo olvidarse de sí mismo?».

Este capítulo, además, sirve de transición entre la primera y la segunda parte del libro. Este capítulo es clave para entender el comportamiento del personaje en el resto de la novela. Y no es importante únicamente por las grandes preguntas y las grandes reflexiones existenciales que plantea, sino también porque en él podemos observar, de una manera muy lúcida, la influencia que ejercieron sobre Menéndez Salmón autores como Kafka, Faulkner pero, sobre todo, Juan Carlos Onetti.

¹ Ricardo Menéndez Salmón, *La ofensa*, Barcelona, Seix Barral, 2007. 142 págs.

En cada una de esas preguntas que se hace el narrador vemos impregnado un pesado existencialismo, propio de la literatura del escritor uruguayo. Así pues, en un intento de responder a esas preguntas, *La ofensa* relata la crónica de un viaje iniciático y terrible: el de su protagonista Kurt, un pacífico sastre de Bielefeld que no entiende de la guerra, hasta el corazón oscuro del nazismo desde que es reclamado a filas por el ejército alemán al dar comienzo la II Guerra Mundial.

El joven Kurt debe dejar en la pequeña ciudad donde vive a su familia y a su amante judía, cuya suerte, como se describe en apenas un par de líneas, correrá paralela a la de los seis millones de judíos exterminados por la ira del partido nacional socialista alemán. Kurt desconoce, en un principio, todo lo relacionado a un ambiente militar o bélico, y si inicialmente acepta los valores del ejército en el que sirve, muy pronto comprenderá que estos forman parte del horror y de la miseria humana.

Las tres partes que componen el libro están sabiamente compensadas, ya que en «La bestia rubia», la primera de ellas, sorprende la pulcritud, la sencillez y la exactitud empeladas para relatar los cuadros domésticos, así como las posteriores experiencias del protagonista y, más aún, las que le conducirán a cambiar de actitud en lo que se refiere a su espíritu militar e incluso a su misma existencia.

En esta primera parte se suceden una serie de escenas terroríficas ante las cuales el lector no se queda indiferente. Son escenas que mueven la sensibilidad del lector. Son escenas que nos producen una incesante inquietud y un desasosiego profundo.

En ellas se relata la barbarie y la fuerza del poder humano. Una de estas escenas hará que Kurt pierda su sensibilidad: «Uno a uno, los habitantes de Mieux fueron conducidos hacia la iglesia (...). Contaron en voz alta hasta noventa y uno (...). A las dos en punto una enorme pira de madera rodeaba la iglesia. Löwitsch mandó pegar fuego a la pira (...)».

En todo este despliegue de barbarie y horror encontramos implícitamente la influencia del escritor argentino Roberto Alt y más tarde también la de Onetti. Roberto Alt plantea un concepto clave: «el salvaje mundo urbano». Con esto lo que nos está diciendo es que la barbarie no sólo se da en las afueras de la ciudad, sino todo lo contrario. La barbarie se encuentra entre los hombres más civilizados. Y un buen ejemplo de ello es el holocausto nazi.

Como sugiere Susan Sontag, «saturados de imágenes de una especie que antaño solían impresionar y concitar la indignación, estamos perdiendo nuestra capacidad reactiva. La compasión, extendida hasta sus límites, se está adormeciendo». Esto es: hemos visto tanto, que ya no nos afectan las imágenes. Y eso es justamente lo que le ocurre a Kurt ante ese terrible hecho acontecido en la aldea de Mieux.

Kurt se queda completamente desbordado por la visión de lo terrible. De tal manera que se queda paralizado, inmóvil, insensible. Se convierte en un ser caído

en el inmovilismo, en la imposibilidad de acción, tal y como diría Juan Carlos Onetti.

En el momento en que Kurt pierde su sensibilidad, deja de ser persona para convertirse en un fantasma; en un ser sobrenatural abandonado a su suerte por su propia patria.

En la segunda parte de la novela, titulada «Una educación sentimental», se nos presenta a Ermeline, la enfermera que sirve en el sanatorio en Notre Dame de Rocamadour. Ermeline procurará restituir al soldado su sensibilidad, en una especie de segunda oportunidad, tras haber conocido los horrores de la guerra.

Kurt se convierte, al modo de los personajes que habitan las novelas de Onetti, en un ser indolente. Ante la incapacidad de sentir, tiene que aprender a reproducir las sensaciones a través del lenguaje. Uno de los momentos más líricos de este aprendizaje es cuando Kurt vuelve a sentir la música: «Pues aunque era cierto que las yemas de Kurt no sentían las teclas, su cuerpo, como una inmensa caja de resonancia, *veía, olía y saboreaba* la música».

Pero, dentro de este mundo apacible en el sanatorio, vuelve a contemplar los horrores que el ser humano produce: un grupo de soldados llega al sanatorio para acabar con la vida de todos los pacientes. Kurt consigue salvarse gracias a que cambia su nombre alemán por el de Jean-Jacques Lasalle, «al fin y al cabo, aunque parezca poca cosa, un nombre es lo que somos».

Y con su huida a Londres comienza la tercera parte, «Esta lágrima contiene un mundo», estructurada como una composición contrapuntística de todo el argumento anterior, dado que se regresa a los principios de todo, simbolizado en la bella alegoría de la lágrima, derramada por todo el género humano, aunque tragada sin pudor por el Hauptsturmführer Löwitsch, cuando ya al final de la narración manifiesta, solemnemente, que «*Der Schneider ist tot*».

Este final es un final abrupto, inesperado a la vez que ambiguo; un final que envuelve al lector una y otra vez; un final que reflexiona sobre la grandeza y la miseria del cuerpo humano.